



NUM. 36. PRECIO DE LA SUSCRICION.—Madrid: por números sueltos á 2 rs.; tres meses 22 rs.; seis meses 42 rs.; un año 80 rs. MADRID 5 DE SETIEMBRE DE 1869. PROVINCIAS.—Tres meses 28 rs.; seis meses 50 rs., un año 96 rs.—CUBA, PUERTO-RICO Y EXTRANJERO, un año 7 pesos.—AMÉRICA Y ASIA, 10 á 15 pesos. AÑO XIII

REVISTA DE LA SEMANA.



Menester es tener muchos datos en cuenta para formar idea algo aproximada de la presente situación europea. Por todas partes y en diversos tonos se anuncian grandes sucesos como cercanos é inevitables; pero en tanto que se realizan ó no, la curiosidad y el interés público se alimentan con la noticia y comentario de ciertos hechos relativamente secundarios.

Uno de los que más numerosas interpretaciones ha tenido es el último ataque de la enfermedad que padece desde hace tiempo el emperador Napoleon. Mientras los periódicos ministeriales franceses la presentaban insignificante y leve, y más como una molestia que como un peligro, los opositores recargaban la mano ponderando su gravedad y haciendo entrever fatales consecuencias. La verdad es, según los partes y noticias posteriores, que la crisis por que ha pasado la salud del César francés ha presentado un carácter grave; que el temor de las futuras complicaciones que pudieran surgir, determinó una baja en los valores públicos; y que, según dictámen facultativo, ninguno de los más importantes órganos vitales del augusto enfermo presenta lesión profunda, por lo que puede dilatarse su vida por muchos años; si bien se le nota desde tiempo atrás un decaimiento general cada vez más progresivo.

Y pues de salud hablamos, no deja de extrañarnos que mientras la ex-reina doña Isabel visitaba las pintorescas costas de Normandía, libre de todo padecimiento de la garganta, algunos mal informados cor-

responsales y ciertos periódicos que reprodujeron sus noticias la presentaban afectada gravemente de una tisis laringea, añadiendo que habia regresado á París buscando su curacion; cuando en vez de volver á París, fué á Trouville, donde piensa permanecer hasta mediados del actual setiembre.

Las relaciones del gobierno prusiano con la república Helvética se han entibiado mucho á consecuencia de la expulsion de muchos súbditos de Prusia que habian tomado en Suiza carta de naturaleza. Además de este asunto, llama gravemente la atencion de la prensa de Berlin la cuestion de presupuestos del Estado, negándose los liberales á todo aumento y aconsejando á los diputados de su partido que en la próxima legislatura se abstengan de votar ningun crédito suplementario.

Va dilatándose más de lo que se creía el arreglar satisfactoriamente la cuestion de Constantinopla. Dícese que por medio de un ayudante de campo se ha enviado al kedive la contestacion definitiva. Añádese que en ella da el gran visir al kedive las gracias por sus protestas de adhesion; pero reclamando para su seguridad la entrega ó venta de los buques acorazados y de las armas de nuevo sistema, juntamente con la reduccion del ejército hasta el límite numérico señalado por los firmanes ó tratados. En cambio, por su parte renuncia á la imposicion de nuevas gabelas, promete disminuir las ya existentes y exige que se trasmita anualmente á Constantinopla un exacto balance de la situación financiera.

El estado presente y el porvenir de las Antillas españolas es el asunto que hoy, por su grande trascendencia, tiene el privilegio de atraer á sí la atencion y las miradas de todos. En las noticias á él referentes, como en las demás, y especialmente en las apreciaciones á que dan margen, se manifiesta de relieve cuánta influencia ejercen las distintas opiniones políticas, pues ellas son otros tantos puntos de vista que presentan una misma cuestion ya próspera, ya adversa; y un mismo hecho ya vituperable, ya digno de toda alabanza. Por esto debemos de tener muy en cuenta el conducto por donde las noticias se transmiten. Absteniéndonos de todo comentario como ajeno á nuestro propósito, solo manifestaremos que los últimos encuentros, lejos de ser decisivos, solo pueden calificarse de escaramuzas de pequeña importancia; y

que carece de fundamento el rumor que ha corrido con insistencia sobre la proposicion para la venta de Cuba hecha á España por los Estados-Unidos.

El gobierno de Wasingthon, aunque por sus particulares miras políticas, que son lisa y llanamente el cumplimiento de la máxima de Monroe, simpatice más con los cubanos insurgentes que con la causa de España, no ha dejado trascender este sentimiento á su política exterior. Como prueba de esto, citaremos el apresamiento verificado en Filadelfia por una cañonera anglo-americana: el buque apresado es el vapor *Hornet*, destinado á una expedicion contra Cuba. En la actualidad se prepara en la península un considerable refuerzo de tropas á fin de dar un golpe rudo á la insurreccion, aprovechando la circunstancia de ser ya la temperatura más favorable y haber disminuido en consecuencia el número de ataques por enfermedades del pais.

Mientras del lado allá de los mares se intenta arrebatar á España una de sus mejores comarcas, del lado allá de los Pirineos se agita el carlismo tratando de apoderarse de España entera. Las repetidas derrotas experimentadas por las partidas facciosas que acá y allá se han levantado para desaparecer con una rapidez extraordinaria, no han bastado para hacer comprender á don Carlos el mal giro que llevan sus pretensiones y lo poco dispuestos que se hallan los pueblos á secundarlas. Aun aquellos mismos lugares donde el carlismo ha tenido su más firme apoyo durante la lucha de los siete años, protestan hoy contra el conato de encender nuevos disturbios civiles, que ciertamente solo producirian el triste resultado de empobrecer el pais y acrecentar el malestar que hoy, no ya solo en España, sino en casi toda Europa se experimenta.

De igual parecer ha sido y no ha vacilado en manifestarlo con su habitual franqueza en la junta celebrada en Bayona el mismo Cabrera, en otro tiempo el más audaz sostenedor de los principios absolutistas. Ciertamente su dilatada permanencia en Londres, y el haber adquirido allí mas esperiencia y mayores conocimientos sobre el carácter general de la política europea, y la organizacion social propia del siglo, le habrá hecho modificar en gran parte la tenacidad y estension de sus antiguas opiniones. Tal diversidad de parecer con el de don Carlos, y el hallarse éste influido, no por los

que siempre sostuvieron su bandera, sino por nuevos adeptos que nada han hecho por ella todavía, no ha podido menos de producir una disidencia profunda en el seno del carlismo; disidencia representada de una parte por los veteranos de las montañas vascongadas, y de otra por los que aspiran á sucederles.

Ultimamente hemos presenciado en Madrid un aparato fúnebre cual no habrá visto otro la juventud actual, pues desde largos años atrás las circunstancias políticas no lo han permitido. Nos referimos al entierro del coronel señor Escalante. Detrás del carro donde era conducido el cadáver, un sirviente llevaba en una bandeja las insignias de la orden masónica á que el difunto pertenecía, siguiendo luego varios hermanos de su misma lógiá. Además, y formando lógiá completa, iba una comisión de hermanos de la Mantuana, número primero del Oriente de Madrid; todos formados, según rito, yendo delante los aprendices, luego los compañeros y maestros, después el hermano secretario Moisés acompañado del tesoro Solon I, y detrás el venerable de la lógiá hermano Graco, llevando á los lados á los vigilantes Pelayo II y Leon, y en el centro el hermano Villalar, maestro de ceremonial. El gran Oriente de España y su primera lógiá la Mantuana han querido honrar la memoria de un hermano, aunque no sea miembro activo de las lógiás dirigidas por el gran Oriente de España.

No ha resultado cierta la negativa del emperador Napoleón á recibir al general Prim, aunque se hizo referencia de ella en muchos círculos, atribuyendo la noticia á fuentes muy autorizadas.

El ministro de Gracia y Justicia, señor Ruiz Zorrilla, ha recibido las mayores muestras de adhesión y simpatías en todas las poblaciones de su tránsito, singularmente en la de Valladolid, donde, además de las autoridades, salieron á recibirle millares de personas acompañándole á su hospedaje, desde cuyo balcón pronunció un discurso muy aplaudido por cuantos allí se encontraron.

Continúan recibiendo las contestaciones de los prelados: todas ellas están dictadas con el mismo espíritu; limitándose las más á defender la conducta del clero contra la acusación de sostener determinada bandera política y á elogiarlo por sus virtudes, manifestando al mismo tiempo la escasez en que este se encuentra.

En cuanto á las partidas carlistas pueden darse por terminadas, quedando sólo algunas cuadrillas de malhechores perseguidas activamente y cuyos individuos pronto serán juzgados por delitos comunes.

N. C.

El clero ruso, alarmado por la reunión del concilio ecuménico, ha dirigido una petición al emperador, rogándole que convoque simultáneamente un concilio de la Iglesia griega en San Petersburgo.

Dicen de los Estados-Unidos que el general Ames, que manda en el Estado de Missisipi, ha suspendido el *habeas corpus*, y que el presidente de la república ha aprobado esta severa determinación.

En 1867 había en España 37 plazas de toros, en las que se dieron durante el año 499 funciones. En la misma época existían en la Península é islas adyacentes 1,746 billares, 1,788 cafés y 33,392 tabernas; á las dos primeras clases de establecimientos concurrían diariamente por término medio 1,431 personas, y á la última 6,385. Las provincias de Albacete, Canarias, Cuenca, Lugo y Orense, no tenían cafés ni en los pueblos. El número de concurrentes á los cafés, billares y tabernas de Madrid no ha podido averiguarse, por lo que no figura en los cuadros formados por la junta de estadística.

En el espresado año de 1867 había en España 91 teatros en las capitales y 244 en los pueblos, dándose en ellos 8,095 funciones dramáticas, 999 de ópera y 3.303 de zarzuela. Las sociedades de recreo existentes en la nación ascendían á 942, á 340 los circos ecuestres, 52 los gallísticos y 564 los juegos de pelota.

Las capitales que tenían mayor número de cafés, después de Madrid, eran Valencia con 82 y Barcelona con 63, y las de menos Orense, Santa Cruz de Tenerife y Cáceres con uno cada una. En Pontevedra y Jaen no había ninguno. En cuanto á tabernas, las había en todas; pero figuraban á la cabeza de las demás capitales, por el número de estos establecimientos, Sevilla, Barcelona y Madrid, y en último lugar Cáceres y Ciudad-Real.

El duque de Aosta asistirá á la inauguración del canal de Suez.

LA MUJER Y LA FAMILIA

ANTE LA REVOLUCION.

(CONCLUSION.)

El establecimiento creciente de escuelas de mujeres, es, pues, indispensable. De ellas han de salir las completas madres de familias con facultades para educar no sólo á las hijas, sino á los hijos, que, adquiriendo la instrucción elemental en constante relación con el cariño y las atenciones maternas, no pueden menos de adquirir de paso hábitos de dulzura y de nobleza que trascienden de la vida de familia á la vida social y aun á la vida política, en el terreno de más ó menos importancia en que su carácter ha de ejercer influencia directa.

Verdad es que en España, ya por costumbre, ya por necesidad, son muchas las mujeres que abandonan el hogar para ganar el sustento de la familia ó para ayudar al marido ó al padre en las faenas del campo, y que para ellas, sería muy difícil, si no imposible, adquirir la instrucción necesaria que les pusiera en aptitud de trasmitirla á sus hijos. Pero también es cierto que hay muchas, cuya vida sedentaria no se opone á que, acudiendo á la escuela, alcancen esa aptitud, cuyos beneficios son imponderables.

Por otra parte, las condiciones del trabajo tienden á mejorar, con la expansión que la industria, el comercio y las artes que cobran, y todo hace creer que el hombre, en el campo como en la ciudad, se bastará para ganar el sustento y para atender á las necesidades todas de la familia, dejando á la mujer libre y atenta sólo al cuidado de los intereses de la vida interior. Este será al fin el estado normal de la familia y podemos confiar en ver realizados los deseos que espresan las palabras del eminente publicista y elocuente tribuno francés, M. Julio Simon: «Es preciso que la mujer sea una mujer, y sea una madre; pero nunca un obrero.»

IX.

Por lo expuesto se comprenderá que nuestra tendencia debe ser á procurar que permanezca la mujer en la casa materna todo el tiempo posible antes de su entrada á la enseñanza profesional, superior, que las conquistas revolucionarias exigen.

No hay que dudarle; M. Carnot, al hablar para su país, hablaba también para el nuestro: sólo el desarrollo constante de las escuelas de mujeres, hoy sobrado desatendidas, puede romper el círculo vicioso en que parece encerrarse el progreso indefinido. Si el presupuesto de gastos tiene exigencias y limitaciones fatales para el terreno de la instrucción, preferible será, seguramente, ver disminuir las escuelas de niños, y aumentar las de niñas hasta donde sea posible; de este modo será más rápido, más decisivo y más trascendental el movimiento de la civilización. Los gastos serán también más provechosos, por lo tanto, á la causa revolucionaria, á que va inseparablemente unida la causa de la civilización española.

Por los medios manifestados, con la sinceridad del que cree profundamente y con la rectitud del que adora la verdadera libertad y anhela el engrandecimiento de su patria, pienso yo que encamináramos al pueblo á la igualdad que con ansia debe apetecer y en cuya conquista se aprende el respeto á todos los derechos.

Me refiero á la igualdad moral. Preocupando noblemente al pueblo con el deseo de esta gran conquista, se evita el falseamiento de ideas y principios que, al grito de «¡Viva la república!» han pretendido algunos aplicar de un modo perjudicial y relajador de los vínculos sociales y contrario á las legítimas y nobles aspiraciones de la verdadera y grande idea que encierra el porvenir de todos los pueblos.

Por fortuna, á pesar de los pesimistas, no son los intereses materiales los que más preocupan á nuestra sociedad, sobre todo, en las ciudades. La España, esclava y envilecida ayer, se levanta hoy movida por grandes y nobilísimas pasiones, que ha escitado el mismo ejercicio de sus derechos y libertades.

La pasión de la igualdad, que es la que más ardentemente agita á las masas, se revela, por lo general, en un insaciable deseo de igualdad moral, y por este camino es por el que debemos conducir al pueblo, para que sea eternamente libre. Observad con qué interés atiende á cuantas cuestiones de instrucción se promueven y con qué afán acude á cuantos centros de ilustración popular se establecen y anuncian.

Preguntad á las masas por qué se interesan tanto en esas cuestiones; ningún hombre del pueblo dejará de revelarlas llana y espansivamente su sentimiento legítimo, nacido de un instinto noble que hay que fomentar y guiar sin descanso. No lo dudeis; quieren instruirse para llegar á la igualdad moral, que es el fundamento de todas las igualdades.

Queremos que la instrucción popular sea más pronta y firmemente una garantía de vida para los altos principios proclamados por la revolución. Pues empeñemos por instruir á la mujer; que si ella queda á oscuras, los enemigos de la luz tendrán siempre en ella armas con que destruir el edificio que podemos hacer indestructible.

X.

Un rey lo ha dicho: «El monarca que procura la instrucción de sus vasallos, es un loco, porque rompe la rama en que está sentado.» Es decir, que la base en que descansa el despotismo es la ignorancia popular.

Si el despotismo contempla con razón como un peligro de muerte para él la instrucción del pueblo, otra cosa es seguramente para la nación que tiene el derecho de elegir sus representantes y administradores.

En la nación que tiene ese derecho, la instrucción del pueblo es una firme garantía de orden, de salud y de prosperidad.

Basta que nos fijemos en la conquista más importante de nuestra regeneración política. El sufragio universal, sin la instrucción del pueblo, es un gran peligro, lo mismo que sin libertad es una solemne mentira. La falta de instrucción ataca á la libertad misma; porque el hombre que nada sabe, no puede juzgar de las facultades y de la aptitud de los que se le proponen como representantes de sus derechos y que deben ser intérpretes fieles de su voluntad.

El hombre, sin instrucción, puede usar hasta en contra suya de las prerogativas que se le conceden y está á merced del que adula su misma ignorancia ó del que le promete defender derechos imaginarios relacionados con la vida material, cuyos goces anhela y para cuya posesión no sabe distinguir de medios. El hombre sin instrucción, está, en fin, espuesto á las sugerencias de los profanadores de la conciencia; y la preocupación y el fanatismo religioso, destruyendo su libertad, falsean su derecho, le ponen quizá en camino de ayudar á la demolición del edificio levantado á costa de su sudor y tal vez de la sangre de sus hijos.

No acaquemos sólo la falta de libertad electoral á la influencia moral de los gobiernos, ni á la intervención material que estos lleguen á poner en juego. La peor falta de libertad que puede existir nace de la coacción que se puede ejercer en la conciencia de un pueblo sin instrucción, es decir, sin conciencia de su derecho.

Contra esa coacción no hay protesta; contra esos atropellos no caben informaciones, ni aplicaciones de otra ley que de la única que puede curar grandes males y evitar la catástrofe del derrumbamiento del edificio de nuestras libertades. La ley de instrucción que dé latitud y aumente las escuelas gratuitas de mujeres, aunque sea en menoscabo de las escuelas de niños; así llegará á ser la casa de la familia el establecimiento de instrucción, y las madres lo serán dos veces, con más grande destino por la educación que por la misma naturaleza.

Y aquí concluyo mi humilde trabajo, repitiendo unas palabras en que he encerrado la síntesis de estos artículos: siempre que pensemos en libertad, en grandeza y poderío, nos saldrá al paso el mismo problema de la educación popular, cuya fuente no brota sino de la educación de la mujer.

EDUARDO BUSTILLO.

EL CALLEJON

DE SANTA MARIA DE LA ALMUDENA.

Era el lunes de Pascua de Resurrección, 31 de marzo de 1578, y una de esas tardes en que el frío aire procedente del vecino Guadarrama convierte las calles de Madrid en un verdadero desierto; de tal manera soplaban, que los honrados vecinos de la coronada villa preferían permanecer tranquilos al lado del hogar, á esponer sus personas al peligro de un constipado ó de una pulmonía. No todos los habitantes de la corte de España tenían este temor al frío; algún que otro almirado mozalvete recorría las calles en busca de su dama ó de alguna aventura para nosotros desconocida, y tal cual personaje de la corte cruzaba sin duda para pasar el rato en casa de un amigo, mientras otros formaban diferentes grupos, se citaban para sus diversiones y pasar la noche en bailes y algazara.

No todos estos grupos mostraban el mismo desenfado, alegría y falta de temor excepto al frío; uno formado por cinco hombres que se habían ido reuniendo uno tras otro en la plazuela de Santiago, por su aire taciturno y triste, y por las tetricas y sombrías miradas de los que le formaban, indicaba tratar de algún asunto de interés y ocuparse de cosas de extraordinaria importancia. El que le dirigía en particular, hombre bien vestido y portado, dejaba revelar en su semblante toda la gravedad del asunto que allí los congregaba, interin los otros de rostros más vulgares sólo dejaban entrever por su aspecto y sus movimientos esa mezcla de brutal crueldad y horrible indiferencia que marca á los asesinos de todos los tiempos y de todos los países.

En nuestros días se hubiera creído aquella reunión un grupo de conspiradores, de hombres dispuestos á iniciar una revolución política. Nadie lo hubiera supuesto así entonces, y sin embargo aquellos desgraciados seres, convertidos en instrumentos del poder, iban á llevar á cabo una grande revolución sin saberlo ellos mismos, ó por lo menos sin precaver los resultados del golpe que estaban decididos á dar. No tar-

daron en llevar á cabo su horrible atentado. No hacia mucho tiempo paseaban por la calle Mayor cuando vieron salir de una casa próxima á un hombre á caballo, de arrogante figura, bien portado, y de un continente en que se dejaban ver el orgullo y la osadía. Marchaban á su alrededor algunos escuderos; mas ya fuese por el frío ó por el convencimiento de que cumplieran con su deber con sólo ir al lado de su amo, ni siquiera se cuidaban de impedir se le acercasen, ó mas bien ni aun miraban si alguno se le acercaba. Lleno de confianza el caballero y de indiferencia los criados, siguieron toda la calle Mayor sin notar que les iban acechando desde la casa de donde habia salido nuestro grupo compuesto de cinco hombres, todos ellos armados.

Al llegar al callejon de Santa María, que acaba de desaparecer, y que siempre ha sido muy estrecho, y lo era mucho mas entonces todavía, echó adelante con arrogancia el caballero, y partiendo con rapidez tres de los hombres que componian el grupo, uno de ellos le atravesó por la espalda con un estoque largo, desapareciendo todos en el acto. Quedaron los escuderos entre asustados y admirados alrededor del cadáver, interin acudia socorro y sobre todo llegaba la justicia, que no tardó en verificarlo. Presentóse un alcalde muy conocido en la córte y llamado Vazquez de Arce, el cual contaba con el favor del rey y de sus ministros, lo que era muy conveniente en aquel caso. Comenzó sus investigaciones, mas en un principio sin ningun fruto, pues dieron el contrario resultado.

Como el difunto era un personaje de distincion, se creyó desde luego que una causa política seria el origen de su muerte, y se atribuyó á los enemigos de su amo; en particular al duque de Alba y al almirante de Castilla. Despues se supuso que provenia de algun desvario amoroso, pues se le encontraron en un baul en su casa unos billetes de una dama, y unas llaves para entrar á visitarla, cuando mejor le conviniese, segun confesion de un paje que estaba en el secreto, y protestó, sin embargo, que no supiera su declaracion su señora, cuyo carácter temia, pero ni una ni otro fueron la verdadera causa de aquel asesinato, que tardó mucho tiempo en descubrirse, y sobre el que aun no ha fallado con acierto la historia.

Don Juan Escobedo, secretario de don Juan de Austria, habia venido de Flandes á la córte, enviado por su amo. De estraccion oscura, tanto que el cardenal Grauvella en una de sus cartas le llama bastardo, habia escalado los primeros puestos del Estado, llegando á habérselas con su mismo soberano, y eso que lo era á la sazón Felipe II, cuyo poder y fama estremece todavía aun á los menos timoratos. No le temia sin embargo Escobedo, á pesar de deberle toda su fortuna, pues humilde escribano á servicio de los príncipes de Eboli, que le recomendaron al monarca, pasó de secretario al Consejo de Hacienda, donde prestó muy buenos servicios, y de allí, receloso el monarca y los ministros del secretario de don Juan de Austria, que suponian andaba en intrigas para hacer á su amo rey de alguna de las provincias de la costa de Berbería, le pusieron en este cargo cerca del príncipe para que le sirviese en él, y además diese cuenta de sus actos á su hermano el monarca.

Pero Escobedo no tardó en entrar en los intereses de su amo, y olvidando sus compromisos elevó sus miras mas alto, llevándolas desde las pobres y humildes costas de Berbería, á las de la soberbia Albion, con cuya Reina Isabel intentó casarle. Este era un proyecto del pontífice que se supo en Madrid por los embajadores de Francia y Roma, en el que entró don Juan, siendo el intermediario Escobedo, y fue la primera idea de la invencible armada que tan funestos resultados tuvo despues. Felipe II, conocedor del terreno por haber estado casado con la reina María de Inglaterra, y convencido de la inutilidad de los esfuerzos de su hermano por la propia esperiencia, viendo por otra parte al tratar este asunto en secreto con el papa y el duque de Guisa una prueba de deslealtad, ideó una terrible venganza, y á su modo de ver un castigo que precipitó la llegada de Escobedo y su altivez con el mismo monarca. Créese tambien que influyó no poco Antonio Perez con sus consejos por estar mal con Escobedo, si como se asegura, amenazó á la princesa de Eboli descubrir al rey las relaciones amorosas que sostenia con este ministro.

Nosotros, sin embargo de que no nos proponemos probar ninguna de las suposiciones que corren sobre este punto, no podemos menos de creer que algunas se hallan destituidas de todo fundamento, aunque constan de una manera que se ha mirado como irrecusable. Por ejemplo, sus relaciones con la princesa afirmadas en el proceso por diferentes testigos cuando ambos se hallaban en desgracia, nos parece carecer de toda verosimilitud, tanto porque es conocido el tierno cariño que á Perez profesaba su esposa, la cual nunca se separó de su lado, y espuso constantemente por él su vida, lo que acaso no hubiera hecho teniendo de su marido tan grave resentimiento, como porque era público en Madrid y en toda Europa y ella por lo tanto debia tener una parte muy activa en la amistad que unia á la de Eboli y Antonio Perez aun en vida de su marido Ruy Gomez de Silva.

Las espresiones de Escobedo, quien dicen llegó á oponerse á que Perez entrase en casa de la princesa, debian tener otro objeto, y además no creemos con derecho á pronunciarlas á quien galanteaba á otras damas que no eran su mujer propia, y la indiferencia ó ligereza que es natural á los que andan en tales pasos tampoco le permitirian hacerlo, por lo menos en el sentido que se ha supuesto; asi la respuesta de la princesa, «que los escuderos no debian mezclarse en los asuntos de las señoras», debe tener otra significacion muy diferente á la que se la ha dado. En cuanto á las confesiones ó declaraciones de Antonio Perez en sus obras, de que la causa de su desgracia era una dama, tiene tambien para nosotros otro significado del que generalmente se la da, y era un político demasiado profundo aquel personaje para que caso de ser cierto lo hubiese confesado. Pero antes de pasar mas allá, vamos á estudiar todos los personajes que figuraron en el drama de la calle de Santa María de la Alinudena para que el publico pueda conocerlos á fondo al referirle su desenlace.

Hallábanse á la sazón ausentes de la córte Felipe II y su ministro Antonio Perez. El monarca habia pasado la Semana Santa en el Escorial, de donde vino al Pardo en la Pascua, y el favorito se hallaba en Alcalá con idéntico objeto en la apariencia. Nada decimos de Felipe II, personaje harto conocido y tan admirado de unos como vilipendiado por otros, suponiéndole un monstruo de tiranía superior á don Pedro el Cruel, mientras sus parciales le miran como el tipo del monarca, asegurando que sus defectos fueron comunes á los reyes de su época. Menos afortunado que Enrique IV de Francia, no ha encontrado una pluma bastante hábil que con las bellezas de su estilo nos haya hecho olvidar los grandes defectos de su carácter realzando sus brillantes cualidades; en cambio le han sobrado difamadores que han desconocido su innegable mérito, sobre todo en estos tiempos en que tan caída anda la monarquía, que á duras penas se la admite ni aun bajo el gorro frigio del republicano.

Muy conocido tambien Antonio Perez no podemos sin embargo prescindir de hacer su retrato, porque es el objeto principal de nuestro escrito. Hijo de Gonzalo Perez, natural de Segovia, su abuelo Bartolomé habia nacido en Monreal de Ariza en Aragon, por lo que Antonio reclamó despues los fueros de aquel reino, aunque en él no habia visto la luz primera. Secretario Bartolomé Perez de la Inquisicion de Logroño, contrajo matrimonio con una señora segoviana de la familia de los Hierros, y dejó correr sus días contento y tranquilo sin pensar en el brillante porvenir que á su posteridad aguardaba. Gonzalo siguió la carrera eclesiástica y despues de haber sido racionero de la iglesia de Segovia, su patria, obtuvo el arcedianato de Sepúlveda. Dedicado al cultivo de las letras, tradujo del griego la Odisea de Homero, siendo esta la primera version castellana de la obra del inmortal poeta, de que se han hecho diferentes ediciones. En sus viajes reunió una riquísima biblioteca que aumentó despues en gran manera por haber heredado la del duque de Calabria á su muerte ocurrida en Valencia; Felipe II la incorporó luego á la del Escorial pidiéndola al hijo y heredero de Gonzalo. Tal es la vida literaria del arcedianato de Sepúlveda, y por cierto no la que menos le honra.

Comenzó la política en reemplazo del secretario Francisco de los Cobos, primer marqués de Camarasa, durante el reinado del emperador Carlos V. Acompañó á Felipe II á Flandes en 1548 y luego pasó á Inglaterra cuando el príncipe contrajo matrimonio con la reina María, y á su regreso á Flandes presenció la renuncia de Carlos V en su hijo Felipe II. Era secretario único de Estado, y el pontífice, á solicitud de Margarita de Austria y del cardenal Granvela, le tenia destinado el capelo, mas se opuso Felipe II á quien nunca agradó que sus servidores obtuviesen tan elevada dignidad, y hubo de someterse Gonzalo por asegurar el porvenir de su hijo en quien fundaba ya las mas halagüeñas esperanzas.

Antonio Perez habia nacido en Madrid en 6 de mayo de 1534, en las casas de Vozmediano, que se hallaban situadas donde hoy los Consejos y en las que vivia entonces su padre, pues luego en 1561 se trasladó á unas que habia comprado detrás de Santa María. Parece que el arcedianato de Sepúlveda le tuvo en una mujer casada, llamada María de Tovar y le educó en un principio como sobrino, pero en la carta de legitimacion firmada por Carlos V en Valladolid á 14 de abril de 1542 se dice contra lo sentado por los historiadores: «siendo Gonzalo Perez vuestro padre, natural de la ciudad de Segovia, soltero, no obligado á matrimonio ni á religion alguna os obo y procreó en una mujer siendo asimismo soltera;» lo cual sin duda no se ha tenido presente por los que con tanta seguridad han dado otro origen á este personaje. Es cierto, sin embargo, que le educó como sobrino, pues en una carta al cardenal Granvela le dice hablando del partido del duque de Alba, que le era contrario, que estaba educando un sobrinito que con el tiempo acabaria por vengar todos los agravios que á él se le hacian, elogiando ya entonces los precoces talentos que tanto distinguieron despues á Antonio Perez.

Gonzalo no perdonó medio alguno para la instrucc-

cion de su hijo: envíole á estudiar á Alcalá, y despues de haberle hecho viajar por todas las córtes de Europa, le asoció á sus trabajos, con lo que no tardó en iniciarse en los más ocultos secretos de la política, obteniéndole por último la proteccion del príncipe de Eboli, Ruy Gomez de Silva, privado de Felipe II y el único que no cayó nunca en desgracia con aquel monarca. Muerto el arcedianato en 1566, continuó su hijo agregado á la secretaría de Italia, dividiéndose este cargo en dos, pues Felipe no quiso dejárselo sólo á Antonio Perez, á quien ya por su edad ó por su amor al lujo y los placeres miraba, si no con recelo, con cierto cuidado, por lo que sólo entró en el pleno ejercicio de este oficio en 1570 en sustitucion de Francisco Eraso. Intimas y antiguas las relaciones de Antonio Perez con el príncipe y la princesa de Eboli doña Ana de Mendoza y de la Cerda, de los cuales habia sido vecino y trocaron sus casas en 1568, pues viviendo en un principio el secretario en las de detrás de Santa María, que todavía existen en estos momentos aunque variadas de su forma antigua, y los príncipes en una manzana á espaldas, que perteneció al regidor Herrera y vendió despues la princesa al marqués de Auñón, frente á la parroquia de San Juan, demolida durante la guerra de la Independencia, cambiaron aquellas casas viniendo los príncipes de Eboli á habitar las de detrás de Santa María que mejoraron y llevan aun su nombre. Parécenos, sin embargo, dudoso, que Antonio Perez llegase á ocupar las de la parroquia de San Juan, siendo creible pasase desde entonces á la denominada del Cordón, ya de su propiedad ó de su esposa doña Juana Coello. Toda la manzana de detrás de Santa María acabó por pertenecer á los príncipes de Eboli, cuyos sucesores vendieron una parte al factor Hernan Lopez, las que se hallaban en la calle que hoy lleva su nombre y otras al conde de Alba de Liste, de quien pasaron al marqués de la Torreclilla, habiendo venido á ser propiedad del duque de Abrantes con las que pertenecieron á la duquesa de Feria, contiguas á las de Eboli, y las del regidor Salazar, situadas en la calle Mayor á esquina de la del Factor, denominada entonces de la Parra.

Á la muerte de Ruy Gomez de Silva, acaecida en 1571, aumentó Antonio Perez en favor cerca del monarca, el cual le prodigaba las más exquisitas atenciones, asegurándose fué á visitarle en coche á su casa muchas veces estando enfermo, y haciéndole todo género de agasajos. Su intimidad con el rey era tan grande, que se trataban y escribian con la mayor franqueza y se confiaban los asuntos más delicados y secretos, como lo fue el de Escobedo, cuya muerte segun hemos referido y aseguran todos los historiadores, se llevó á cabo de orden del monarca despues de varias tentativas de envenenamiento; creyendo que animaba á don Juan de Austria en sus proyectos para hacerse rey, sobre lo cual andaba en tratos con el pontífice y el duque de Guisa, como se lo manifestó el nuncio á Perez y se sabia por los embajadores de Francia y Roma; sin embargo, como ya hemos dicho, los enemigos del secretario supusieron luego engañó al rey quejoso de Escobedo por haber reprendido á la princesa de Eboli, con quien suponen se hallaba en relaciones. El importante papel que esta señora hace en estos sucesos nos obliga á decir cuatro palabras acerca de su vida, aunque con sentimiento, pues la creemos digna de más profundas investigaciones y de pluma más autorizada.

Doña Ana de Mendoza y la Cerda, hija de Diego Hurtado de Mendoza, conde y luego príncipe de Melito, duque de Francavilla, primer presidente del Consejo de Italia, y de doña Catalina de Silva, nació en 1540, probablemente en Toledo, aunque sea cosa aventurada esta opinion, pues su padre residia en esta ciudad en 1539, cuando fué á ella la emperatriz doña Isabel, esposa de Carlos V, á la que aposentó en su casa, pasando despues á la del conde de Fuensalida, donde ocurrió su muerte, y se sabe que el mismo personaje continuaba en Toledo algun tiempo despues, á los principios de la Compañía de Jesus, fundada en el mismo año que nació la princesa de Eboli (1540,) á la cual defendió de los adversarios que se levantaron en aquella ciudad contra ella.

Casada en 1553, cuando sólo tenia 13 años, con Ruy Gomez de Silva, portugués, que habia venido á España con su abuelo, mayordomo de la emperatriz, de quien él era merino, trató con este motivo á Felipe II desde la niñez, siendo siempre su compañero y amigo y conservando sobre él grande influencia, por serle superior en edad; sólo se hicieron por entonces las capitulaciones del matrimonio, no consumándose hasta algunos años despues por la mediacion del monarca que llevó á cabo este enlace para favorecer á su privado, por ser doña Ana una de las herederas más ricas de España, aunque sólo aportó un pequeño dote, pero el rey los mejoró en gran manera, sirviéndole de padrino, por lo que nos parecen tambien inverosímiles las relaciones amorosas que se atribuyen á esta señora con Felipe, siendo muy raro que existan entre personas que se hallan ligadas por semejantes vínculos.

(Se continuará.)

JOSÉ S. BIEDMA.

SALTEADORES

SORPRENDIDOS POR UN LEÓN.

Hay en la region meridional de Argelia una verdadera plaga tan temida por lo menos de los naturales, como las devastaciones de las fieras: esta plaga es el robo, organizado y practicado atrevidamente por numerosos salteadores.

En varias ocasiones se habia visto á un enorme leon que escogia sus victimas entre los ganados de diversos aduare, sin que sus acometidas fuesen bastante periódicas para poder acecharle con éxito: los ganados continuaban aminorándose, y en tal situacion se buscó al intrépido Kadour para llevar á cabo la caza de tan temible fiera; empresa digna del arrojo de este árabe. La nombradía de Kadour se estiende por todas aquellas comarcas, pues lleva muertos frente á frente y con la mayor audacia más de veinte leones y panteras, hiriéndolos con tiro certero al replegar sus ágiles patas para lanzarse de un salto sobre el cazador. La tranquilidad con que ejecuta Kadour sus hazañas y el constante silencio que guarda sobre estas, hacen resaltar más su heroica y grave figura.

Resuelta, pues, la expedicion, determinó Kadour verificarla en seguida, aunque con el recelo de no encontrar al leon, por no tener huella fija de sus pasos, ni saber su guarida. Al oscurecer partió acompañado de sus más diestros cazadores para prevenir todas las eventualidades... Kadour arriesgaba frecuentemente su vida, no solo por su tribu, sino tambien por la defensa de los vecinos aduare: su deber como cadí le obligaba á administrar justicia y sostener el orden; y de tal manera sabia desempeñar su cargo, que en todas partes le querian bien y para nada necesitaba rodearse de sus guardias. El hecho siguiente demostró que los merodeadores no guardan con nadie consideracion alguna, esperando siempre la oportunidad de satisfacer sus instintos de robo y pillaje.

Cuatro de estos malhechores, recibidos en la tienda desde la víspera y confundidos con los esclavos, meditaban un robo que el silencio y oscuridad de la



EL SEÑOR ALSINA, DIPUTADO.

noche favorecian durante algunas horas. Pocas veces el árabe abusa de la hospitalidad que se le concede; más los salteadores, atropellando todo respeto, pudieron procurarse con astucia un caballo ensillado, municiones y fusiles. El tiempo avanzaba y no tenian ya un momento que perder: ya habian recogido armas y pertrechos y solo les quedaba desatar y sacar el caballo con precaucion: uno de los salteadores, jóven y vigoroso negro y completamente desnudo, se deslizó como un reptil bajo las cuerdas y postes de las tiendas, desentabó el caballo y se dirigió con él lentamente hácia sus tres compañeros que le esperaban fuera embozados en sus albornoces y confundiéndose

por su inmovilidad con las grandes piedras grises esparcidas acá y allá por el terreno. Al franquear la última centinela avanzada, el caballo paró en firme, se encabritó con fuerza y un relincho sonoro y prolongado se alzó en medio del silencio de la noche. Los ladrones se miran descubiertos y tratan de apelar á la fuga: ya una forma blanca se levanta y se acerca: despiértase Kadour: se le va á perseguir y un castigo cruel será el resultado de su criminal atrevimiento.

Trábase entre ellos cuestion sobre quién montará primero: suena un disparo, y el jefe de la banda cae herido al poner el pie en el estribo: un compañero le reemplaza, coloca atravesado como un fardo sobre el caballo al herido; el negro con un fusil al hombro se adelanta con la velocidad del ciervo, y el último, asiéndose de la cola del caballo, apenas toca la tierra. Los árabes sostienen largo rato estas furiosas carreras cuando es preciso desplegar una gran velocidad para librarse del peligro. En breve se colocaron á gran distancia, y viendo que se habia perdido su huella, y que nadie los perseguia, hicieron alto para recobrar las fuerzas agotadas en su rapidísima fuga.

Entre tanto Kadour, aplazando la persecucion de los salteadores, habia tomado por guia á un vecino cuyos rebaños sufrían las acometidas del leon, y parecia conocer las huellas de éste: un toro recientemente destrozado la indicaba con claridad; pero aunque fueron explorados los alrededores, no pudieron encontrar al rey de las selvas; y la noche puso término á sus investigaciones.

A la mañana siguiente, descontento Kadour de su expedicion emprendida bajo tan malos auspicios, apresuró su vuelta. Los ojeadores, al cabo de la jornada, retrocedieron en tropel y avisaron á su jefe. Este se adelantó con dos hombres: ya era de noche: la luna resplandeciente les permitia distinguir una huella á trechos ensangrentada. Siguiéndola, llegaron á una espesura donde murmuraba un arroyo. Allí la señal roja de un pie humano atestiguaba un herido, y junto á ella se veian estampadas las pisadas del leon. Kadour



SALTEADORES SORPRENDIDOS POR UN LEÓN.



ESCENAS POPULARES.—CATALUÑA.—LA SARDANA.

pensó si éste se le habria adelantado castigando á los salteadores; pero al ganar la orilla opuesta del arroyo, y dados algunos pasos en la llanura, los descubrió á lo lejos huyendo á toda priesa, y casi al mismo tiempo distinguió sobre una pequeña eminencia el perfil grave y severo del rey de las soledades. Kadour marchó derecho hácia el leon, que permaneció inmóvil y volvió á otra parte la cabeza como si despreciara el ataque de un solo hombre. De repente sonó un tiro y el leon, como un rayo, cayó sobre Kadour derribando caballo y

ginete; pero éste, sin perder su serenidad, lo remató con una segunda bala, y se levantó con el albornoz lleno de sangre y rasgado, pero incólume y sereno.

Al dia siguiente sentado en tierra Kadour contaba en silencio las monedas y examinaba los regalos que le habian hecho sus vecinos por haberlos favorecido librándolos de un peligro continuo para ellos y sus ganados.

El dibujo representa el instante en que los salteadores, colocando sobre la silla á su cómplice herido,

vuelven á emprender su carrera a'errados por la presencia del leon.

EXPERIMENTOS QUIMICOS.

EL MAGNESIO.

¡Cuántos enfermos han usado la *magnesia blanca* sin imaginar que este polvo contenia un metal de tanta blancura casi como la plata, maleable, y capaz de ar-

der produciendo una luz tan intensa que pudiera competir en brillo con la misma luz eléctrica! Si por sí mismo quisiera alguno preparar el magnesio, debe seguir este método: comprará en la botica magnesia blanca; y obrando en esta sustancia, después de calcinada, con el ácido clorídrico y el cloridrato de amoniaco, obtendrá una solución límpida, que, por su evaporación al calor, producirá un doble cloruro hidratado y cristalizado. Este cloruro, calentado hasta el rojo en un crisol de barro, dejará como residuo un producto nacarado, compuesto de laminillas blancas; este será el cloruro de magnesio anhidro. Mezclando en seguida 600 gramos de este cloruro de magnesio con 100 gramos de cloruro de sodio, ó sal común, é igual cantidad de fluoruro de calcio y de sodio metálico en menudos trozos, y calentándolo durante 15 minutos, manteniendo cerrado el crisol con tapadera de barro; y por último, terminada la reacción, se derrama la materia ya fluida sobre una pala de barro, se obtendrán en medio de la escoria, 45 gramos de magnesio metálico.

El metal obtenido así es impuro, y para limpiarlo de sustancias extrañas se le calienta hasta el rojo en un tubo de carbon atravesado por una corriente de hidrógeno. El magnesio se produce hoy con grande abundancia y es fácil obtenerlo barato, ya sea en filamentos, en láminas ó en polvo. Es un metal dotado de grande afinidad con el oxígeno y basta colocarlo en la llama de una bujía para producir la combustión: arde con un brillo que apenas puede soportar la vista, y se transforma en un polvo blanco, que es el óxido de magnesio, ó magnesia (fig. 1.^a)

La combustión es todavía más viva en el oxígeno; y el polvo de magnesio arrojado en un frasco lleno de este gas, produce una verdadera lluvia de fuego, de un efecto sorprendente (fig. 2.^a)

Para dar una idea de la fuerza luminosa del magnesio, basta decir que un hilo de este metal de 29 centésimas de milímetro de diámetro, produce por su combustión una luz igual á la que darían 74 bujías de 100 gramos de peso cada una (fig. 3.^a)

Este diseño representa la lámpara ideada por el hábil físico Salleron: está formada por un hilo de magnesio arrollado á una bovina que se hace girar con un movimiento regulado: el metal arde en el foco de un reflector metálico. Esta lámpara puede ser de gran utilidad para los faros, buzos, y también para fotografiar de noche, ó en lugares donde no penetra la luz del día.

ALBUM POETICO.

CANTARES.

La felicidad es libro
que tiene en blanco sus hojas;
lo que escribe en él la dicha,
con llanto el dolor lo borra.

Si te quieres corregir
de tu orgullo sin igual,
alza los ojos al cielo,
fija tu vista en el mar.

No dejes, niña, que un hombre
dé en tus mejillas un beso;
que Judas hizo lo mismo
cuando vendió á su Maestro.

Dos cosas hay en el mundo
que me hacen siempre llorar:
de amargura, el egoísmo:
de gozo, la caridad.

Lloras, niña, por que un hombre
se burló de tu inocencia.
Si no pusieras aldaba,
nadie llamará á tu puerta.

J. DE FUENTES.

LA GUERRA CIVIL.

TRADUCCION DE MANZONI.

Un clarín por el campo resuena
y otro són repetido adelante;
de soldados el suelo se llena,
de caballos se siente el trotar.

Una enseña marcial se levanta,
y otra enfrente, que avanza ligera;
aquí surge la rota bandera,
y otra allí, que la viene á encontrar.

Ya del medio el terreno se oculta,
ya la espada rechaza á la espada;
uno en otro su acero sepulta,
brota sangre, redobla el herir.

¿Quiénes luchan? ¿Por quién impu'sada
la comarca se lanza á la guerra?

¿Cuál invade? ¿Cuál jura la tierra
de su cuna salvar ó morir?

Todos hablan el mismo lenguaje,
por hermanos los tienen do quiera,
y que tienen comun el linaje
en sus rostros se puede observar.

Esa tierra, que á todos nutriera
y ora veis de la sangre empapada,
es la tierra, que está limitada
por los Alpes tan solo y el mar.

¡Ah! ¿Cuál fué quien primero á su hermano
pudo herirle, sacrilego, inerte?
¡Oh terror! del conflicto inhumano
la razón execrable ¿cuál fué?

No se sabe: á morir, dando muerte,
todos ellos sin ira han venido;
cada cuál, á su jefe vendido,
ha luchado, y no sabe por qué...

¡Desventura! Y ¿esposas no tienen?
Y las madres de necios soldados
¿por qué todas en grupo no vienen
tan innoble combate á evitar?

Y sus padres, quizá reclinados
en la tumba, ¿no elevan su frente,
ni procuran la turba valiente
con sesudo consejo aplacar?

Cual labriego feliz, que reposa
de su casa apoyado en el muro,
viendo lejos la lluvia copiosa,
que otro campo feraz vá á inundar;
Véanse allí los que están en seguro
contemplando los lances inciertos,
recontar los millares de muertos
y el incendio gozosos mirar.

Sobre el brazo materno el infante
del que debe matar algun día
ya conoce el apodo insultante;
es la voz que primero aprendió:

Y la jóven en noche sombría
las alhajas, feliz, se ha prendido,
que á la pobre mujer del vencido
su marido ó su amante robó.

¡Desventura! ¡Cruel desventura!
Ya la tierra se cubre de muertos,
ya es de sangre la inmensa llanura,
crece el choque, redobla el furor.
Falta el órden, los grupos abiertos
ceden, huyen con planta lijera,
y en quien ya de vencer desespera
de la vida renace el amor.

Como el grano se estiende aventado
si en el aire la pala lo lanza,
por el campo correr desbandado
al vencido se vé y divagar:

Mas los cortan. ¡Terrible matanza
la sorpresa produce, no luchan,
que á la vez á la espalda ya escuchan
el temido escuadrón galopar!

A los pies del contrario han caído,
rinden armas, se dan prisioneros,
y los ayes, que lanza el vencido,
los oculta el cantar vencedor.

Mientras parte cruzando senderos
un correo, al caballo espolea,
va á contar la acabada pelea
y á los pueblos despierta el rumor.

¿Por qué todos al mismo camino
de las casas y campos correis?

¿Por qué todos decís al vecino
«qué noticia halagüeña traerá?»

¿De dó viene, infelices, sabeis!
Y ¿esperais llegue el gozo en su mano?
«El hermano ha matado á su hermano.»
Esta horrible noticia os dará.

Mas con gozo la nueva es oída
y los templos resuenan del canto,
ya se eleva del pecho homicida
himno al cielo, que nunca escuchó.

Y en los Alpes situado entre tanto,
su mirada fijó el extranjero,
vió los fuertes muriendo primero
y con gozo cruel los contó.

¡Aprestaos! ¡Rehaced batallones!
¡Suspended esos goces tan locos,
elevad otra vez los pendones,
que el tirano vendrá... Ya llegó

Vencedores, ¿sois débiles, pocos?
pues por eso su marcha es ligera,
ya descende y gozoso os espera
donde ayer vuestro hermano murió.

Tú, que estrecha á tus hijos ya fuiste
y nutrirlos en paz no has sabido,
sufre yugo extranjero ó resiste,
llora ¡patria! cumpliendo tu ley.
Enemigo, que no has ofendido,
á tu mesa se sienta á insultarte,
el botín de la acción se reparte
y le arranca la espada á tu rey.

¡Miserable! ¿Fué nunca bendita
la conquista con sangre y ultraje?
El tirano á los cielos irrita
y sus triunfos no pueden durar.

Quizá siga soberbio el viaje
sin pensar en la eterna venganza,
que lo observa, lo sigue, lo alcanza,
y consigue su orgullo domar.

Todos hechos á Dios parecidos,
todos fruto del mismo rescate,
¡desistid de combates reñidos,
suspended esa guerra fatal!

¡Seamos unos! Un pacto se trate,
y ¡maldito sea el fuerte que aleve
sobre el débil, que llora, se eleve
contristando al Creador inmortal!

JOSÉ RODRIGUEZ GONZALEZ.

ESCENAS POPULARES.

(CATALUÑA).

LA SARDANA.

La lámina que hoy ofrecemos á nuestros lectores representa uno de los bailes característicos de Cataluña, cuyo origen se remonta á los tiempos del feudalismo. Todavía no ha muchos años que cuando los pescadores de aquellas costas sacaban sus redes con abundantes peces, mostraban su alegría poniéndolos en medio del círculo formado por los bailarines: estos comenzaban su danza y les dirigian palabras de gratitud y contento, viendo en ellos el fruto de su trabajo y su alimento del día.

Aun queda en algunos pueblecillos y aldeas la costumbre de felicitar á los recién-casados de la misma suerte; es decir, bailando en torno de ellos y dándoles la enhorabuena con palabras de agasajo. Es de advertir que el susodicho baile lo ejecutan sin-ningun acompañamiento de música; siendo á pesar de esto muy divertido por la variedad de posturas y movimientos que lo forman. A veces se suscitan grandes rivalidades entre los *payeses* y *payesas* de aquellos pueblecillos sobre la destreza y mérito de su ejecución. Este baile es uno de los más antiguos y característicos que pueden encontrarse en las aldeas marítimas de Cataluña.

DON PABLO ALSINA

DIPUTADO POR LA CIRCUNSCRIPCION DE BARCELONA.

En este número publicamos el retrato de don Pablo Alsina. Hijo de padres humildes, obrero de una fábrica de Cataluña, ha sabido por la honradez de su conducta, por su aptitud y constante aplicación para el trabajo, obtener el aprecio de sus jefes y compañeros, debiendo solo á sus excelentes cualidades la posición que hoy ocupa.

Verificada la revolución de setiembre y llamado el pueblo á las urnas para designar sus representantes en las Cortes Constituyentes, obtuvo la señalada honra de ser elegido por sufragio universal para tan difícil cargo. Ya en el Congreso, ha permanecido firme en su puesto como republicano, siendo además designado para formar parte de algunas comisiones donde ha podido manifestar su natural talento.

La industrial Barcelona ha sabido honrar el trabajo y la capacidad, eligiendo para representante suyo á uno de sus modestos y laboriosos hijos.

LA DESPOSADA DE ABYDOS.

CANTO PRIMERO.

I.

¿Conoceis ese país donde crecen el mirto y el ciprés,
emblemas de amor y de tristeza, y donde la furia del
buitre y la ternura de la tórtola se deshacen en dolor ó
se exaltan hasta el crimen? ¿Conoceis el país del cedro
y de la viña, ese país donde las flores están siempre
abiertas, el cielo siempre brillante; donde el ala del
céfiro, en medio de los jardines de rosas, se rinde bajo
el peso de los perfumes; donde el limonero y el olivo
ostentan frutas tan bellas y la voz del ruisenior no cesa
nunca de cantar; donde los colores de la tierra y los
matices del firmamento, aunque diversos, rivalizan en
hermosura; donde una púrpura mas oscura colora el
Océano; donde las vírgenes son tiernas como las rosas
con que forman lindas guirnalda; y donde, en fin, todo
es divino, si se exceptúa la condición del hombre?
Ese es el clima de Oriente, la tierra del sol..... pero

los corazones de sus habitantes, lo mismo que las acciones, son tan sombríos como el último adiós de dos amantes.

II.

Rodeado de numerosos esclavos, todos fieles y decididos, completamente armados como conviene á los valientes, y atentos á la menor señal de su dueño, ya para guiar sus pasos, ya para vigilar por su seguridad y reposo, el anciano Giafir se halla recostado en su cómodo diván. Parece sumamente preocupado: como todo buen musulmán, acostumbra á disimular lo que no sea su indomable orgullo, no permite leer jamás en su semblante sus pensamientos secretos. Sin embargo, en este instante, por una rara excepción, las facciones del rostro pensativo de Giafir son ménos discretas que de costumbre.

III.

—¡Que se retiren todos de esta sala! ¡Que se presente aquí al momento el jefe de la guardia del harem!

Así habló Giafir. Nadie permaneció en la sala mas que su hijo y un nubio ejecutor de sus órdenes. El viejo continuó dirigiéndose á este:

—Harun, tan pronto como esa multitud de esclavos haya atravesado el dintel de la puerta exterior, irás á buscar á mi hija á su torre: he decidido ya de su destino; pero nada le comuniqués que pueda hacerle entrever mis proyectos. Yo únicamente debo manifestarle cuál es su deber.

—¡Pachá, oír es obedecer!

Un esclavo no puede responder otra cosa al déspota. Harun iba á salir para dirigirse á la torre; pero se detuvo porque el joven Selim rompió el silencio. Antes de pronunciar la primera palabra, se inclinó profundamente; luego, con voz dulce y manteniéndose en pie, pues el hijo de un musulmán moriría antes de atreverse á tomar asiento delante del autor de sus días, se espresó de esta manera:

—Padre, antes de castigar á mi hermana ó á su negro guardian, es preciso que sepas que si hay algun culpable, lo soy yo sólamente. Que tu cólera no caiga, pues, mas que sobre mí. ¡Estaba la mañana tan hermosa! La vejez y el cansancio pueden amar el sueño; pero yo, padre, yo... no podía dormir. He ido á buscar á Zuleika, porque para contemplar los más bellos aspectos de la tierra y del mar necesitaba otra persona á quien comunicar los pensamientos que hiciesen latir mi corazón. ¡Ah! ¡Es tan triste la soledad! Sabes que las puertas del harem se abren fácilmente para mí; antes de que los esclavos que las guardan hubiesen despertado, Zuleika y yo estábamos ya bajo los bosques de cipreses y devorábamos con nuestros ojos la tierra, el océano y el cielo. Nos hemos paseado quizás demasiado tiempo entretenidos con la historia de *Mejnum* y *Leila* (1) y con los versos del persa Sadi, que nos han hecho olvidar las horas; hasta el momento en que oyendo el sonoro eco del tambor que anuncia tu *diván*, fiel á mi deber he acudido á saludarte. En cuanto á Zuleika... Zuleika se halla todavía en el jardín; pero ningún mortal ha visto sus facciones... ¡Oh padre! no te irrites; recuerda que nadie puede penetrar bajo esas misteriosas sombras!

IV.

—¡Hijo de una esclava, nacido de una madre infiel! —dijo el Pachá.— ¡En vano anhalaria tu padre encontrar reunidas en tí las cualidades que anuncian un hombre! Cuando tu brazo debía ser diestro en tender el arco, lanzar una flecha y domar un corcel, griego en el alma, ya que no en la creencia, ¡vas á meditar oyendo el murmurio de las aguas, ó á contemplar como se abren las flores! ¡Pluguiese á Dios, al poderoso Alá, que ese astro, cuyo esplendor tu frivolidad admira tanto, se dignase comunicarte una sólo centella de su llama! ¡Oh! ¡Tú serías muy capaz de ver con sangre fría desmoronarse piedra por piedra estas almenas bajo el cañon de los cristianos y caer los viejos muros de Stambul ante los moscovitas, sin herir con un sólo golpe á esos perros de Nazaret! Vé, vé y que tu mano, más débil que la de una mujer, empuñe la ruca y no la espada. Tú, Harun, corre al lado de mi hija y... escucha bien: ¡va en ello tu propia cabeza! Si Zuleika emprende el vuelo con demasiada frecuencia... ¿Ves este arco? ¡Tiene una cuerda!

V.

Ni una sólo palabra salió de los labios de Selim, ni un sólo acento que llegase al ménos á los oídos del anciano Giafir; pero cada una de las miradas de éste, cada una de sus palabras, habia atravesado el corazón del joven como no lo hubiera hecho la espada de un cristiano.

—¡Hijo de una esclava! ¡Acusarme de cobardía! ¡Semejantes insultos le habrían costado bien caros á otro que no fuese él! ¡Hijo de una esclava! ¿Qué es entonces mi padre?

(1) El Romeo y la Julieta del Oriente.

Así daba curso Selim á sus tristes pensamientos. En su semblante se notaba algo más que la cólera. Giafir miró á su hijo y se estremeció, porque llegó á leer en sus ojos la impresion producida por los duros apóstrofes que le habia dirigido y creyó ver asomar la rebelion.

—Ven aquí, niño... ¡Cómo! ¿No respondes? Te observo y te conozco; pero hay ciertas cosas que jamás te atreverías á emprender. Si tu barba fuese más poblada, si tu mano estuviese dotada de la destreza y la fuerza necesarias, veria con gusto cómo rompías una lanza, ¡aunque hubiese de ser contra la mia!

Al pronunciar estas frases irónicas, los ojos sombríos del pachá se volvieron á fijar en los de Selim, que le devolvió mirada por mirada, pero de un modo tan altanero y tenaz que Giafir fue el primero á ceder dirigiendo la vista hácia otro lado. ¿Por qué? No pudo explicarse la causa.

—¡Temo,—pensó,—que algun dia este mozo temerario me cause graves pesares! Le odio y él... pero su brazo no es temible... á duras penas consigue vencer en la caza al gamo salvaje ó á la tímida gacela... está muy lejos de ocupar un puesto en la arena donde los hombres se disputan la gloria y la vida. A pesar de todo, no me agrada ese modo de mirar, ni ese acento; y luego, ¡esa sangre... esa sangre que toca tan de cerca á la mia! Basta, puede oírme... Le observaré con más cuidado en lo sucesivo. No veo en ese muchacho mas que un vil árabe ó un cristiano pidiendo cuartel. ¡Ah! ¿Qué escucho? ¡La voz de Zuleika! Esa voz suena á mis oídos como el himno de las huris. Zuleika es mi predilecta, la quiero más aun de lo que he querido á su madre; porque de ella tengo que esperar todo y nada que temer. ¡Oh mi Peri! ¡Eres siempre bien venida á mi lado! ¡Tú eres dulce á mis ojos como la fuente del desierto á unos labios sedientos! ¡El peregrino devuelto á la vida no puede ofrecer en el altar de la Meca acciones de gracias más fervientes que las de un padre que bendice tu nacimiento y tu vida toda entera!

VI.

Bella como la primera mujer que, seducida una vez para seducir luego ella siempre, sucumbió ante esa terrible, pero amable serpiente, cuya imágen se habia grabado en su alma; deslumbradora como esas visiones tan inefables que el sueño concede al dolor cuando, en delicioso desvarío, un corazón se une á otro corazón que amó, viendo resucitar en el cielo lo que habia perdido en la tierra; dulce como el recuerdo de una pasión que encierra la tumba; pura como la plegaria que el niño dirige á Dios... tal era la hija del viejo jefe. Giafir la recibió derramando lágrimas... pero no de pena.

¿Qué hombre no ha experimentado cuán impotentes son las palabras para pintar un sólo átomo de los resplandecientes destellos de la hermosura? ¿Qué hombre no ha sentido en el colmo de su arrobamiento turbarse su vista, temblar sus mejillas y desfallecer su corazón, viéndose obligado á confesar el poder, la magestad de los encantos de la mujer? ¡Muy bella era Zuleika! Reinaba en torno suyo cierto atractivo indecible que ella únicamente podia desconocer: era la luz del amor, la pureza de la gracia, la inteligencia y la armonía, todo esto irradiando en sus facciones. Poseía un corazón cuya ternura parecia formar de todas aquellas admirables cualidades una sola... y su mirada... ¡ah! la mirada de Zuleika era su misma alma.

Con los graciosos brazos tranquilamente cruzados sobre su seno naciente y dispuestos á abrirse á la primera palabra de cariño, apareció delante de Giafir. El anciano al contemplarla, casi titubeó respecto de la resolución que tenia adoptada. El corazón del pachá, aunque feroz, no habia abrigado ni un pensamiento siquiera contrario á la felicidad de su hija; pero si el afecto ligaba este corazón al de la hermosa niña, la ambición, por otra parte, trabajaba para romper los eslabones de tan dulce cadena.

VII.

—¡Zuleika, mi hija querida! Este dia te hará conocer el extremo de mi cariño hácia tí, pues á pesar de mi dolor, voy á resignarme á perderte, concediendo tu mano de esposa á un feliz mortal; pero ese mortal es el mas valiente de los guerreros que se haya visto combatir en primera fila. Nosotros los musulmanes no nos preocupamos hoy de lo ilustre del nacimiento, sin embargo, la raza de los Kara Osman, inalterable siempre, descuella siempre al frente de los *Timariotas*, intrépidos defensores de los ricos feudos que su valor ha conquistado. Te basta saber que el que te pretende como esposo es un pariente del célebre *Oglú*. No nos ocupemos de su edad: nunca he pensado en casarte con un niño. Cuantiosas rentas te serán señaladas para formar mañana tu noble viudedad. Mi poder unido al suyo podrá desafiar el *firman* de muerte que otros acogen temblando... ¡Oh! nosotros haremos comprender al mensajero imperial cuál es la suerte reservada al portador de un regalo semejante. Conoces la voluntad de tu padre: es todo lo que una buena hija debe saber. A mí me corresponde indicarte el camino de la obediencia, á tu nuevo señor enseñarte el del amor.

VIII.

La joven inclinó silenciosa la cabeza, y si sus ojos se llenaron de lágrimas, que sus comprimidos sentimientos lograron contener difícilmente, si sus mejillas se cubrieron alternativamente de palidez ó de ardiente rubor, segun las palabras de su padre llegaban como saetas á sus oídos, ¿qué podia revelar todo esto sino temores virginales? Es tan dulce una lágrima en los ojos de la hermosura, que el amor casi siente secarla con un beso; es tan dulce el rubor de la modestia, que la piedad misma parece que recela verla desaparecer. Cualquiera que fuese la causa de esta emocion, Giafir no la comprendió ó aparentó no comprenderla. Dió tres palmadas: pidió su corcel convenientemente aparejado para un simple paseo, dejó el *tchibuk* adornado de pedrería, y rodeado de un numeroso séquito, en el cual se distinguían los mamelucos y los intrépidos *delhis*, se puso en camino con el objeto de asistir á los ejercicios de la cortante cimitarra y del inofensivo *djerrid*. El *kislar-agá* y sus eunucos negros quedaron para guardar las macizas puertas del harem.

IX.

Entre tanto Selim, con su cabeza apoyada en una mano, dejaba vagar su mirada errante sobre las olas de un azul sombrío que se deslizaban con rapidez y se hinchaban blandamente entre los sinuosos Dardanelos. Sin embargo, no veía el mar ni sus orillas, ni aun la comitiva del pachá ocupada en dividir á la carrera con el filo de la cimitarra un fieltro doblado: no reparaba en las evoluciones de la multitud que disparaba la javalina; no oía los gritos salvajes ni los alegres *Alá...*

No pensaba mas que en la hija de Giafir.

X.

Ninguna palabra dejaban escapar los labios de Selim: un sólo suspiro espresaba cada uno de sus pensamientos, que volaban hácia Zuleika, y continuaba mirando por una celosía, pálido, mudo y en una triste inmovilidad. Los ojos de Zuleika estaban fijos en el joven; pero en vano intentaba adivinar lo que podia preocuparle. El dolor de ambos era uno mismo, aunque la causa fuese diferente. Una llama mas suave ardia en el corazón de la tierna doncella. Por temor ó debilidad, sin saber por qué, se abstenia de hablar; y sin embargo su pecho agoviado necesitaba desahogarse de algun modo.

—¡Es bien estraña, decia Zuleika, la conducta que observa consigo! Ni un sólo momento de atencion le merezco. No sucedia esto cuando estábamos juntos otras veces. ¡Ah! ¡No era así como nos encontrábamos, ni es así como debemos separarnos!

Por tres veces consecutivas recorrió la habitacion sin perder ni un movimiento siquiera de Selim: cogió luego una urna donde se hallaba encerrado el perfume que los persas llaman *atar-gue* (1), y roció con él los ricos artesonados y el lustroso pavimento. Las gotas de la esencia embalsamada cayeron tambien sobre el trage bordado de Selim y corrieron desapercibidas por su pecho como si hubiese sido de mármol.

—¡Ay! siempre pensativo. Yo no puedo sufrir mas tiempo semejante indiferencia! ¡Oh Selim! Tan amante, tan cariñoso hasta hoy, ¿podia esperar esto de tí?

Reparó entonces en una cestilla llena de las mas bellas flores de Oriente.

—¡Son mis favoritas! ¡Quizá las acoja todavía con placer, ofrecidas por la mano de Zuleika!

Apenas habia concebido este proyecto infantil, lo puso por obra, formando una preciosa guirnalda de rosas. En seguida la niña encantadora se sentó á los pies de Selim diciéndole:

—Este ramo de rosas es un regalo que me ha traído *bul-bul* (2) para calmar las penas de mi hermano: me anuncia que esta noche prolongará su dulce cancion á fin de recrear los oídos de Selim; y aunque su melodía sea algo triste, hará todos los esfuerzos posibles para disipar tus melancólicos pensamientos.

XI.

—¡Cómo! ¿Desdeñas mis pobres flores? ¡Oh qué desgraciada soy! ¡Permaneceis indiferente á mi lado! ¿Es decir que ya no conoces á la que te ama sobre todo en el mundo? ¡Ah! querido, mas que querido Selim, habla... ¿Qué significa lo que está pasando? ¿Debo creer que me ódias, ó que me temes? Ven, reclina tu cabeza en mi seno, y alejaré sus tristes ideas á fuerza de besos, una vez que las palabras y las canciones nada pueden conseguir, ni aun las de mi complaciente ruiñeñor. No ignoro que nuestro padre es á veces temible... intratable... ¡pero tú! Nunca te he visto de esta manera. El no te quiere, lo conozco demasiado; pero ¿olvídas por ventura hasta qué extremo te ama Zuleika? Mas... ahora creo comprender... sí... no hay duda... el proyecto del pachá... ese bey de Kara-Osman! Dime, Selim, ¿es acaso enemigo tuyo? Si así es, te juro por

(1) Esencia de rosa.

(2) Nombre persa del ruiñeñor.

EXPERIMENTOS FÍSICOS.—EL MAGNESIO.

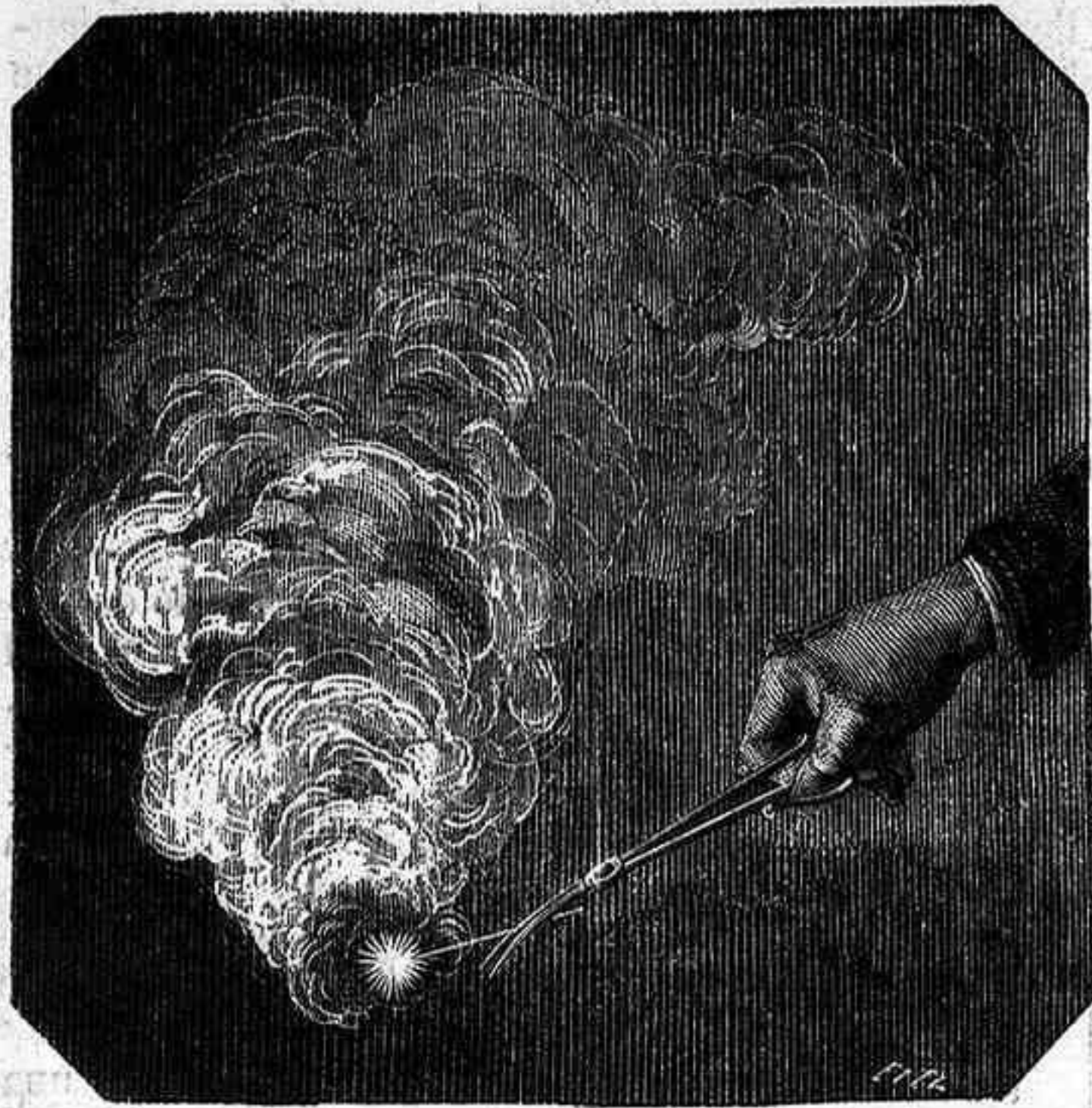


FIG. 1.—COMBUSTION DEL MAGNESIO.



FIG. 2.—COMBUSTION DEL POLVO DE MAGNESIO EN EL OXIGENO.

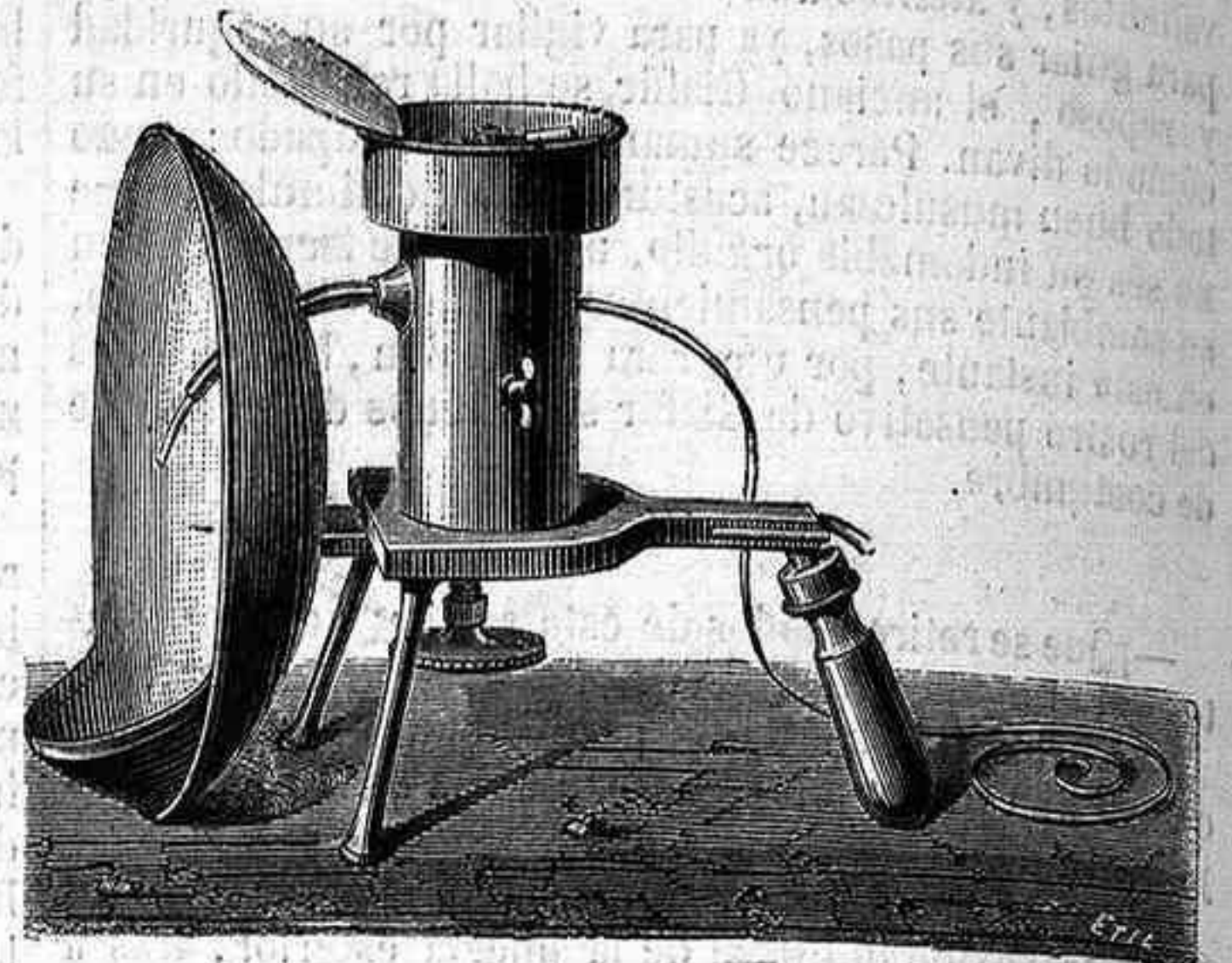


FIG. 3.—LÁMPARA DE MAGNESIO.

el templo de la Meca, con tal de que mis votos puedan ser bien acogidos en ese templo al cual no es permitido acercarse el pie de una mujer, te juro que sin tu libre consentimiento, sin tu orden expresa, ni al mismo sultan concederé mi mano. ¿Piensas que me es posible separarme de tí y dividir en dos mi corazón? ¿Dónde estaría entonces tu amiga, y quién me serviría de guía? ¡Si ese caso llegase, el dardo mortal de Azrael (1), que todo lo separa aquí abajo, reuniría nuestros dos corazones en una misma tumba!

XII.

Al oír estas palabras, Selim renace, respira, se mueve, levanta á Zuleika que estaba arrodillada á sus pies, y sus angustias parecen disipadas. Sus ojos brillantes de esperanza espesan de nuevo mil ideas que dormían en las tinieblas de su corazón. Como un arroyo largo tiempo oculto por las ramas de los sauces de la orilla, se muestra de repente y hace resplandecer á la luz el cristal de sus aguas; como el rayo se lanza rápido de la negra nube que lo contiene; así el alma de Selim resplandece también en sus ojos y se deja ver al través de sus largas pestañas.

El caballo de batalla, al oír el bélico sonido de la trompeta, el león interrumpido en su sueño por un sahuero imprudente, un tirano provocado á una repentina lucha por la punta del puñal que ha errado el golpe, parece que recobran nuevamente la vida con una energía convulsiva; del mismo modo Selim se inflama al escuchar tan dulce promesa y deja traslucir todos los sentimientos de su corazón.

—¡Ahora eres mía, para siempre mía! ¡Mía por toda la vida y mas allá tal vez! ¡Ahora eres mía! Ese juramento solemne, pronunciado por tu boca, nos encadena á ambos. ¡Oh! ¡Has estado tan bien inspirada como tierna... ese juramento ha salvado mas de una cabeza! ¡Fuera ya el temor! El mas pequeño bucle de tu cabellera reclama de mí los mayores esfuerzos; por todos los tesoros encerrados bajo las bóvedas de Ystakar (2) no sacrificaría un solo cabello de los que adornan tu frente. Esta mañana las mas negras nubes se han amontonado sobre mí, he recibido una lluvia de quejas... de insultos... ¡Giasfir me ha llamado cobarde! Ahora me sobran motivos para ser valiente y probaré que lo soy, ¡yo, el hijo de una esclava desdeñada! No tiembles: esas son sus palabras... pero, yo, que nada valgo, le haré conocer un corazón, una voluntad, que ni su cólera, ni su mismo brazo podrán avasallar. ¿Soy hijo suyo? ¡Ah! sí, gracias á tí lo soy, ó lo seré al menos. Zuleika, el juramento que nos hemos hecho debe permanecer secreto y sólo entre nosotros dos. Conozco al miserable que se atreve á pedir tu mano á Giasfir sin consultar tu corazón. Entre todos los jefes de esta comarca no se encontrarían riquezas peor adquiridas ni un alma mas vil. ¿No pertenece á esa raza de Egipto (3) mas despreciable todavía que los hijos de Israel? Pero el tiempo te hará saber algunas cosas... Yo y los míos nos encargaremos de Osman-bey; porque en un día de peligro no me faltarán auxiliares. No creas Zuleika, que soy lo que hasta aquí he parecido: ¡tengo armas, amigos, y la venganza no está lejos!

(Se continuará.)

R. CAULA.

EL TEATRO DE «EL GLOBO.»

(CONCLUSION.)

Véase por qué no hay conformidad en el calificativo de la representación humana, y por qué, unos, al ver que hay dolores y escenas tristes la llaman tragedia; y otros, al ver que hay escenas cómicas, la llaman farsa ó sainete, y otros comedia, y otros drama. Por lo cual se puede también decir, siguiendo la idea de un célebre escritor:

«Para aquellos que *sienten*,
el mundo es una trágica comparsa:
para aquellos que *piensan* una farsa.»

Ó bien, que la vida es un sainete sobre la losa de un sepulcro; ó bien un escenario alegre en que cada uno dice una historia dramática y sentimental de cuando en cuando; ó bien un teatro en donde no hay cartel ó programa de la función, por no saberse si cada episodio verdadero que puede ser materia de una obra del arte completa, acabará en trágico ó en cómico; pues muchas las primeras escenas y aun las del medio engañan, y parecen serias, y que seguirá una espantosa catástrofe; y luego acaban en risa y en burla y en nonada; y otras que parecen en el principio de gangarrilla y de farsa, se tornan en serias y formales y eminentemente terribles y trágicas.

Tenemos, pues, que considerada la vida colectiva de la humanidad y la vida individual, el teatro del mundo es escenario donde se representa un solo drama, en que son actores las edades, las generaciones y civilizaciones, y cuyas escenas y aun pequeñas partes constituyen, en otro orden, otras representaciones de diverso carácter. Por eso le llamó Shakespeare, *anchisimo y universal* teatro, que presenta mas tristes espectáculos que los que ofrecen los cómicos en el teatro artificial; bien que en una acepción como en otra, todos están conformes en llamar actor ó comediante al ser humano, y en que cada hombre tiene que representar un papel, triste ó alegre, dificultoso ó fácil, dilatado ó pequeño, oscuro ó brillante, si ya no es que representa muchos un mismo actor, y en este concepto es en el que á mi juicio existe la verdadera semejanza entre el hombre y el cómico de profesion, según veremos mas adelante.

En efecto, comparar la vida, como lo hace Luciano, á una procesion de teatro, en la que se asignan magníficos papeles á algunos; que estos pasan ante los espectadores vestidos con ricos trages y brillantes joyas, y que cuando acaba el espectáculo vuelven á su nada como simples comediantes, y es el símil mas sencillo, de mayor trascendencia social, pero de mas dudosa exactitud en el fondo. Distingue la apariencia de la realidad, sin que esto implique que en el cómico la realidad sea inferior á la apariencia. El acabarse el espectáculo que es la muerte, con respeto á determinado hombre, le reduce á una nada, que tampoco es en rigor comparable á la del actor. Decir, como una dama célebre de Francia, que el mundo es una comedia en que hay á veces actores *detestables*, no pasa de ser un epigrama delicado, como incisivo, repetir con Montaigne, que «todos nuestros asuntos en la vida son farsas.» Algo mas filósofo y cáustico se mostró otro poeta que dijo: «puesto que el mundo no es mas que un escenario, solo se cambia el traje entre los actos, ó mejor dicho, entre-actos de las edades: desde el vestuario por entre bastidores, vuelven á salir con nuevas care-

tas las antiguas máscaras, la misma tela ó serie de apasionados bufones, que se mueven sobre el tablado durante la representación con nuevos papeles que sostener, y nuevas frases que recitar.» Esta idea, sin la aplicación del símil teatral ó histriónico, vertió en elegantes versos un poeta español contemporáneo,

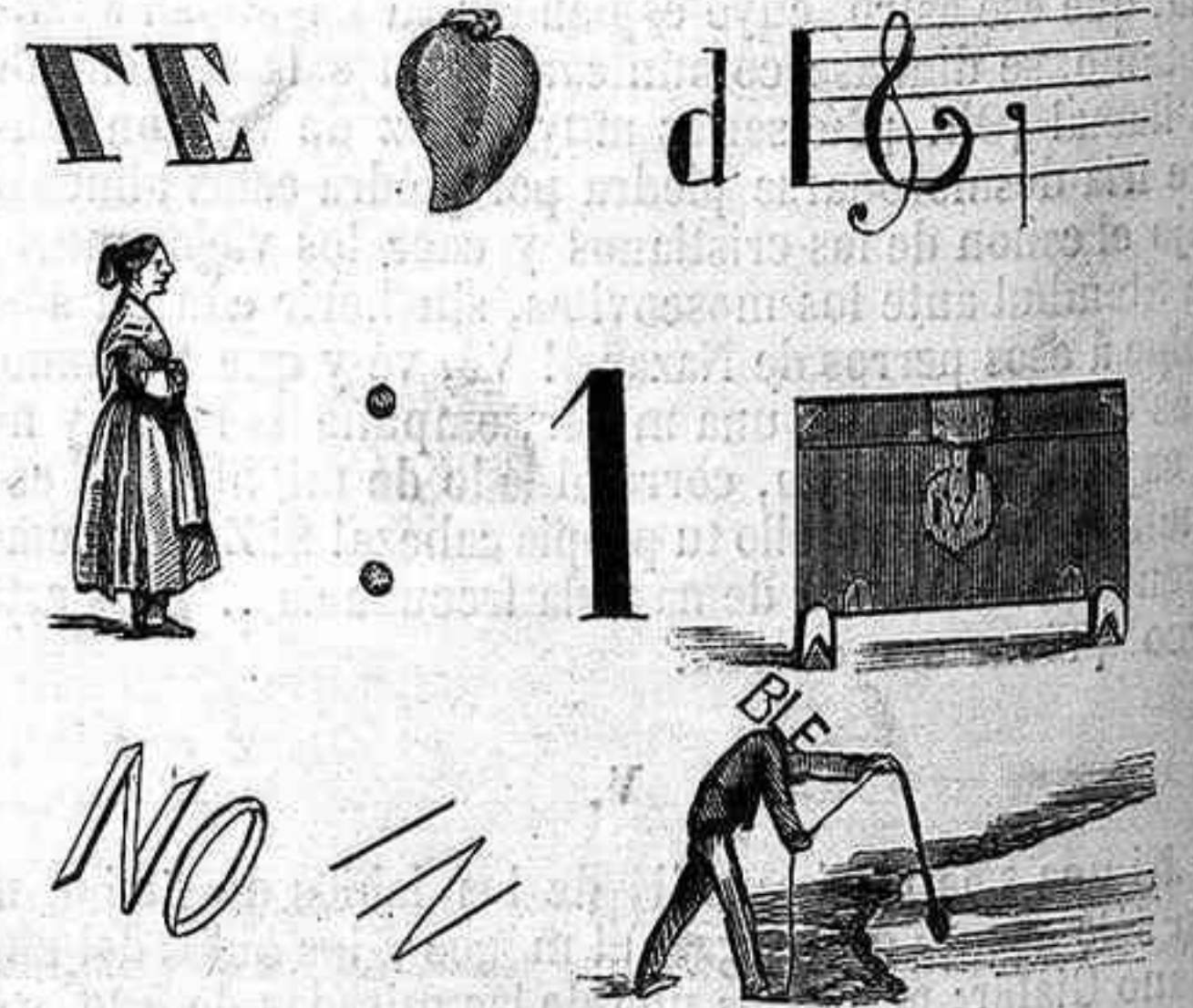
..... «Bajo mudables nombres
al través de los siglos eclipsados,
Dios revuelve en la urna de los hados,
las mismas cosas y los mismos hombres.»

Otro observó ya, que la semejanza entre el mundo y el escenario no alcanzaba á la parte prosaica que el mundo tiene: observacion que sin duda viene de un poeta, y al mismo tiempo que elogio del arte parece un epigrama lanzado contra la dramaturgia de nuestra época. Cierto, ¿quién no ve, que si la poesía es como abeja que recoge para su mundo todas las bellezas, el teatro que es la representación y vivificación de ese mundo ha de ser todo menos monotonía y prosaismo? Pero hoy se va arreglando de otra manera y al ojo del artista se sustituye la máquina del fotógrafo.

Todos estos dichos, epigramas, y pensamientos sobre el tema del símil de Petronia, *mundus universus exercet histrionum*, son mas ó menos verdaderos ó profundos, según que se acercan ó se separan de la principal é importante relacion de semejanza entre el hombre y el actor cómico, que consiste en el estudio y propiedad de la representación del papel ó los papeles que á cada uno le toquen en suerte y del fácil y continuo cambio de uno á otro. Bajo este aspecto es enteramente exacta la comparación del hombre al actor, del mundo al teatro y de la vida á la comedia, y de su exámen se saca la moral que en sí contiene.

NICOLÁS DIAZ BENJUMEA.

GEROGLIFICO.



La solución de éste en el próximo número.

ABELARDO DE CARLOS, EDITOR.

ADMINISTRACION, CALLE DE BAILEN, NÚM. 4.—MADRID;
IMPRENTA DE GASPAR Y ROIG.

(1) El ángel de la muerte.
(2) La capital de los sultanes preadamitas.
(3) Hoy Negroponto: la antigua Eubea.